

La maldición de los Haushofer

Eduardo Elías Rosenzvaig

XXIX PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

algaida



Un jurado presidido por Nativel Preciado y compuesto por Fernando Pérez Fernández, Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, Concha del Reino Gómez, José Manuel Rodríguez Pizarro, Antonio Barrantes Lozano, Toni Angeles Martín, Antonio Reseco González, Víctor Chamorro Calzón, José Antonio Ramírez Lozano y Carlos Jiménez Climent otorgó a *La maldición de los Haushofer* (presentada al premio con el título de *Historia vulgar de la geopolítica*) de Eduardo Elías Rosenzvaig el XXIX Premio de Novela Felipe Trigo, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: 2011

© Eduardo Elías Rosenzvaig, 2011

© Algaida Editores, 2011

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-528-0

Depósito legal: M-44.804-2010

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la respectiva autorización.

El mayor drama de la historia del mundo se convierte en una comedia si el villano, en el momento culminante, da un tropezón contra uno de los decorados.

KARL HAUSHOFER

ESTA HISTORIA SEGURAMENTE FUE MÁS DIFÍCIL VIVIR-
la que contarla. Pero en lo que a mí respecta está
atada a profesores de Geografía, esos mastodontes
al que más de uno el vulgo califica, injustamente, de «hijo
de puta» y yo, en mi adolescencia vulgar, percibí como «hi-
jos de algo», en una versión blanda se diría que como an-
ticipando posmodernidades. Lo que yo buscaba en reali-
dad era no tanto a la mala madre de mi profesor, que
pudiera ser una santa, como a su padre muerto en Alema-
nia durante el nazismo se decía, y hallé esta trama que voy
a contar a continuación. La hallé mucho después de la
avalancha de primavera perdida en esa mi etapa estudian-
til. «Pero antes...», (parece el estribillo de un viejo chiste
que no puedo contar aquí), un poco del pasado.

En los años ochenta y noventa, esos «siglos» del terro-
rismo económico, me levantaba cada irrefutable mañana
pensando qué cosa habré perdido ayer. Como quien se
revisa los bolsillos al dejar su casa constatando, de un gol-

pe, que no trajo las llaves. (¡¿Uy no traje las llaves?!) Había perdido, esa mañana, una parte del salario con el medio dígito de la inflación diaria, una empresa estatal, aquel hospital de los años cuarenta, los techos de la escuela del barrio, cien puestos de trabajo en la fábrica, en fin la autoestima del panadero, la dignidad de un profesor amigo, el país, la esperanza de que esto, como una guerra, acabara alguna vez.

Un poco antes, un «siglo» antes se diría, en los años setenta, durante esa década en que el terror de Estado me destemplaba cada mañana con generosidad en las ojeras nocturnas, por falta de sueño, atormentado en la providencial noche en la que se espera un asalto de tropas por los techos y desde el frente de la casa donde ladra el perro, calculando cuánto de vida habré perdido entre ayer y este amanecer, ¿qué dije?, como quien se revisa los bolsillos al dejar su domicilio constatando, de golpe, que olvidó las llaves adentro. (¡¿Uy las llaves?!) O sea había perdido esa noche a un amigo o un compañero o la razón o un país o la esperanza de que esto, que parecía una guerra, concluyera algún día asignado.

En el remoto «siglo» anterior aún, el de los sesenta, esos años de experimentos militares y civiles en la ideología de seguridad interior, doctrinas de guerra interna y de contrainsurgencias sin insurgencias motivada por el simbolismo de la Guerra Fría, me izaba del colchón cada mañana adolescente pensando, es un decir, puro decir, que hoy de cualquier forma perdería el maravilloso día con la clase de un mastodonte de Geografía, geográfico equívoco-

co al que llamábamos el «loco». Como quien se revisa unos bolsillos horizontales al dejar su vivienda, constatando funesto, que uno dejó las llaves justo sobre la cama.

Aquí, en esta necedad de años adolescentes, empieza la trama arremangada de una colección de clases magistrales. ¿Nunca flotó en usted la certidumbre de que la geografía es una materia rebelde, justiciera y libre? Al revés, engordada con la idea de que no sirve para nada, porque para leer un mapa no se requiere de un mastodonte parado frente a una clase, y la piel vibrando adolescente por tocarse a la salida del aula, esperaba en el banco el augurio del timbre para el final sinfónico de las fronteras y las coordenadas. Nos llevaba, me llevaba horas estudiar esa materia con la sensación de haber perdido la radical posibilidad de hacerme joven después de aprobar cada adolescido examen parcial.

Así las cosas, la zaga de los días se soldaban a un colegio del Gran Buenos Aires, en Lanús, y al «loco» de Geografía que corría con las leyendas más turbias y sorprendentes. Desde que estaba loco por supuesto, a que un grupo de estudiantes clandestinos le incendiara el auto, que entonces valía más que una casa con las llaves olvidadas dentro. Desde su iconoclasta manera de «tocar el culo» de las profesoras de lengua y literatura, cosa que por lo común nunca se ve en un profesor de Geografía y que nosotros festejábamos, hasta el relato de que su padre había muerto en la Segunda Gran Guerra, en Alemania, pero no combatiendo a los nazis, tampoco a manos del Ejército rojo, presumiblemente un tipo que estaría con

Hitler y hubiese muerto del «cagazo» de la derrota, motivación que asignábamos al coraje paterno del loco. Él mismo lo había contado algún remoto día de lluvia a un remoto curso y la versión fue circulando cogorza se dice, como en un banquete fúnebre hasta desembarcar en nosotros, una playa de naufragos, o sea que su padre argentino murió en Berlín en los últimos días del naufragio del Tercer Reich.

Porque nada en el «loco» era directo, despejado, luminoso en sus mejillas, neutral en la manifestación, todo venía del pasado legendario, y se arrastraba en espacios donde sobrevolaban héroes junto a las Walquirias, entre bosques y nubes wagnerianas, porque él era nada más que el gesto de irrumpir en la clase como una doble *ve*, una tromba, abrir el enorme portafolios de cuero, amontonar libros, papeles dispersos sobre el escritorio y leer, calzándose anteojos de marcos contruidos a la manera de un búnker protector, con la visión conquistadora del mundo. Sin saludar, pero esperando obsesivo, desde la distancia despojada, un saludo eufórico del aula, un «*heil loco*» disciplinante y austero porque nos había llegado también la versión, que corría durante generaciones por entre otras generaciones, que el «Buenas tardes profesor» debía serle declarado al unísono, a grito pelado como en una jura a la bandera ejecutada por los conscriptos del 20 de junio. ¡¡Bue...nastar...desprofesor!! Hornacino. Cóncavo. Falta izar el brazo.

Mirado desde aquí, desde la vacilante distancia de los siglos, el «loco» era un tipo grandote, metálico, cabeza

cuadrada, inverosímil en la manera de entrar al curso sin observar a nada ni nadie, un miope ocupando el escritorio a lo *blitz krieg* para desparramar sus ejércitos de libros y papeles y, al juntarse los gruesos lentes bifocales verdes de armazón vicaria (otra forma de descripción) al cogote de la nariz, empezar a leer ausente ante el anonadamiento general de un público desacostumbrado a esta informalidad no conservadora de despliegue rápido sobre escenarios, plateas, para nosotros quedar concentrados en unos aposentos pequeños y fríos que existen debajo de los palcos principales, a cada lado de la embocadura de los teatros, y ni siquiera allí, arrancados del espacio vital por un ejército triunfante. ¿Qué hacer ahora? No imaginábamos. ¿Anotar?, ¿dormir?, ¿tirarse papelitos enrollados a la cabeza?, ¿escupir al saco de la espalda contigua? Tenía voz de estibador y daba comanditas órdenes bélicas el «loco». Torcía la voluntad de dormirse. Tal vez fuese un militar fracasado pensábamos, regalando el currículum de cabo que aún no nos sonaba tan mal. El pelo se le caía sobre una frente germana. Y sí, parecía radicalmente heterodoxo frente al resto del cuerpo profesoral, pero no se necesitaba mucha sagacidad para darse uno cuenta que nos trataba como a soldados «de mierda». Con esa distancia y no compromiso, inevitable desagrado y animosas ganas de demostrar jerarquía y orfandad bestial entre sus subordinados. Aula pasada a cuartel. «Al oficial se lo saluda a tres pasos de distancia», ordenaba el reglamento prusiano para el conscripto «de mierda» argentino. Era el gesto de quien rebaja al otro sin siquiera proponérselo. Como si gritadas las re-

glas, fueran las reglas y la institución otra, no colegio público sino cuadra, privada de cualquier emblema democrático. Leía y nosotros, esas primeras clases, sin saber qué cosa hacer porque no estábamos acostumbrados repito, hasta que nos dijo, una tarde lluviosa, una tarde en reverencia de una cama con bolsa de agua caliente cuando paró de leer, lo pronunció como con olor a pan recién salido del horno: «El que no apruebe mi materia con ocho, que se despida de terminar este puto colegio».

Lo había llamado «puto...». Había coincidido con nosotros incluso, casi hasta le tuve simpatía.

Supimos de inmediato, por la leyenda que también ganaba los pasillos, que quien no aprobaba de primera la materia con ocho, la «colgaba» años y terminaba por no recibirse o cambiar de colegio. No había más que dos notas, uno y ocho. ¿Pero cómo estudiar para no convertirse en un desgraciado? Simplemente transcribir lo que el «loco» dictaba, todo, hasta los silencios. Esto lo enseñaban los cursos mayores a los novatos. Después reunirse en grupo, anotar lo faltante, comprobar la fidelidad de los apuntes. ¿Nada más? No, ahí recién comenzaba la cosa, porque nos ilustraron que ahora tienen que comprar un cuaderno de tapas duras y por ningún motivo forrarlo, eso es de «maricones» dice el «loco», aunque la mitad de nuestro curso fueran chicas, ninguna importancia, y en la primera página, no muy grande, con letras góticas alemanas escribir «Geografía» y el nombre del propietario territorial del cuaderno asimismo en esos signos ojivales, decorados con calados y adornos asimétricos semejantes a las

ondulaciones de las llamas envolviendo a la Europa occidental desde el Románico hasta nosotros, o sea desde el sonido volcar cada clase al cuaderno de tapas duras sin forro haciendo cuadros trabajados con colores de bolígrafo para destacar lo que debía parecer más importante al cabrón, resumir, indicar con índices los capítulos destacados, enarbolar prolijidad porque una sola tachadura era fatal y borrar «enarmonado», palabra de él, porque enarmonar era cuando un caballo de la caballería se empinaba, entonces no valía la pena la pregunta de porqué no decir empinar y listo, de manera que cualquier improlijidad debía resolverse con noches destinadas a copiarlo otra vez con trabajo propio, de madres y de tías. El cuaderno debía quedar lustrado como los borceguíes del soldado. ¿Pero él lo pidió alguna vez así?, pregunté atolondrado y me respondieron que nunca oyeron lo indicara, pero que todo este «saber» se fue conformando con desgracias y aciertos, con la experiencia encajonada de los que jamás se graduaron, porque una vez por trimestre el «loco» pide cuadernos y se los lleva a su casa, los expurga y desnuda página a página. ¿Entonces cómo serán los exámenes?, fue nuestra primera alarma minuciosa en los recreos: «¡No, eso sí que no es problema, el loco te da los temas y jamás lee el examen!, te pone ocho, les pone ocho a todos los que aprobó antes el cuaderno». En realidad, al rendir el primer parcial, pude entender esto que parecía una locura, volaba escribiendo porque sabía el tema del derecho al revés y de arriba abajo, después de haber destinado horas sibilinas hasta perder la noción de lo que iba perdien-

do, un asado hinchado de mollejas, el campeonato de fútbol con banderines, la salida cromática al cine—estrenaban *Bonnie and Clyde* y no fui por el cuaderno—, el acercamiento a las piernas agitadas de una compañera, aunque fuese al corazón de una compañera, en particular al refugio menos pensativo de la compañera... Eramos soldados de la geopolítica y la ecología.

Como se oye. Finales de los años sesenta, cuando nadie conocía de la palabra *ecología* o eso de *hábitat* y nosotros lo sabíamos todo o lo creíamos. El «loco» advirtió sí, una vez después de recoger los cuadernos, que esto nadie lo enseñaba porque «la masa es bruta». Ni siquiera tomaba orales como el resto de profesores, en ello resultaba un adelantado, sus clases estaban tensadas entre la despersonalización de una escuela militar y la «ciencia geográfica alemana». Porque, hay que destacarlo, todos sus geógrafos eran alemanes, de allí también las vagas referencias sobre el atentado a su automóvil perpetrado por estudiantes comunistas que lo consideraron un «nazi». Se contaba que el «loco» entró huracanado a la comisaría donde haría la denuncia y paró al primer agente con un grito colosal: «¡¿Sabe quién soy yo?!», mientras el agente quedaba pálido creyendo a un general y, sin tiempo a reaccionar porque el «loco» le largó: «¿Sabe quién? ¡El boludo al que le quemaron un auto!». *Bolu* es una provincia turca, y *boludo* el vulgarismo de tonto e inocentón en una parte de la geografía americana.

La *ecología* y eso del *hábitat* me parecían interesantes, había definiciones extrañas y no muy claras, porque el tipo

tampoco explicaba, leía textos de a saltos, como ocupando trincheras donde ya hubiese caído un obús y tampoco parecía genial sino en cualquier caso extraviado. Estaba claro que odiaba a los alumnos, como cuando el cabo odia a sus soldados porque son casi tan sin mando como él, tan cuadrados en la escala como él. Me preguntaba, pasados los años, ¿cómo el «loco» acertó con la ecología? Ratzel, Bachofen, los nombres alemanes que anotábamos en los cuadernos y que el «loco» debió estudiar en el Colegio Militar de la Nación tal vez, con la encendida tradición prusiana, el reglamento de los desfiles, cañones Krupp, máuseres alemanes, textos alemanes en los que mamó, porque sus geógrafos habían inaugurado el saber ecológico unido a la política territorial alemana, el imperio con su káiser y sus júnkers al paisaje de nibelungos con leyendas de selvas negras entrelazadas a héroes de estridente rubicundez y a fantasmas opacos arrastrándose llagados desde la roedora Edad Media. Un saber de la naturaleza que iba desde el protoplasma celular a Carmina Burana, las amebas en las sensaciones espirituales del *Volk* a la cantata de Karl Orff, el músico de Hitler. Al «loco» lo echan del Colegio Militar por pegar un trompazo al director, se infiltraba la leyenda que «por eso odia a los soldados», es un borde que odia la imprecisión de los bordes, odia ser un huérfano, odia no haber terminado coronel para no sentirse cabo frente a estos pendejos idiotas, lo más próximo a conscriptos y él a un cabo etcétera con odio. Sin escrúpulos el odio.

La primera mitad del año lectivo era para *ecología* subrayada; la segunda fue para *geopolítica* subrayada. Con

la batería de los bolígrafos verdes azules rojos negros durante esta segunda parte, la más delicada, la más afectada, se empezaba por Ritter, Karl, geógrafo alemán nacido en 1779 —lo recuerdo hasta hoy— que influyó en Ratzel, Friederich, geógrafo alemán que estudió el condicionamiento de las actividades humanas respecto al medio físico y creó el *Lebensraum* o espacio vital, luego readaptado como la lucha de las naciones fuertes que deben poseer el espacio de los débiles por el profesor alemán Haushofer, Karl. Esto de poner el nombre detrás del apellido iba en los cuadernos, porque es el sistema de nomenclatura militar. El cabo que grita al excremento del soldado «¡Haushofer, Karl!». Estaba claro, en el cuaderno, que el desarrollo histórico del pensamiento geográfico y su conocimiento se vinculaban al poder del Estado y a sus necesidades de gobernar. Preciso como el ángulo de miras de un cañón del catorce, una década después me levantaba con la sensación de que la «geopolítica» me había robado aquella noche en vela esperando un asalto calamitoso de las tropas enemigas y, desde allí, me pareció claro el pensamiento imperialista del «loco». Lo recordaba a veces, trataba de recordarlo. Neruda se nos iba por las alcantarillas del insomnio. Cuarenta años después, todavía recuerdo un subrayado a lo estuche, como si guardara una joya faraónica en el cuaderno de tapas duras, disciplinadas, no mariconas, *Geopolítica dos puntos, ciencia que se ocupa de la dependencia de la política interior y exterior de los pueblos con respecto a su entorno físico. Haushofer, Karl*. Fatal, triste como un sorbo lento de ruinas.

Ritter como Ratzel son recordados en bibliografías, ¿pero y Haushofer? Un ilustre desconocido en general, aunque sus ideas grises las trabajamos obsesivos la mitad del cuaderno con sus citas subrayadas. Lo perdí en la cabeza durante cuarenta años hasta este viaje a España en que leo por casualidad, en la biblioteca del pueblo donde resido, un libro de un inglés de nombre Allen, Martin, sobre el enigma del vuelo del *vice Führer* Rudolf Hess a Gran Bretaña en un avión Messerschmitt, el cazabombardero con dos motores Daimler-Benz de 1395 caballos de fuerza cada cual y una velocidad punta de 575 kilómetros horarios, aunque él lo voló a una crucero de 495 por los dos tanques de combustible adjuntos, en soledad y sin bombas, hacia un largo viaje para cerrar la paz con Inglaterra, motivación por la cual se trabajó durante meses en Alemania, para así el *Führer* tener la tranquilidad obsesa como para instalar un solo frente, el del Este en su concepto geopolítico y, varios ingleses parlamentarios representativos del Partido Conservador, cinco lores enfrascados, tres subsecretarios de Estado y un embajador con una batería de tarjetas personales, armaron el encuentro clandestino dispuestos a negociar con Alemania a la que respetaban o admiraban porque sería la única capaz de la audacia sin procesiones en hacer girar la guerra, o apenas sus actuales escarceos, hacia el Este como un resplandor apocalíptico, pero el plan fracasó. Había que seguir los caminos al atolladero del fracaso para entender la geopolítica. Una bocanada de Europa y el mundo.